



### *Alocución de Carlos Rubio*



El autor de obras infantiles tiene el deber de adentrarse en la integridad del mundo del pequeño. No debe escribir para un niño ficticio o un niño ideal. Tiene la deuda de hacerlo para ese que recorre las calles de nuestra América, quien, en algunas ocasiones, se encuentra ante el peligro de fuerzas adversas.

Considero que el trabajo del escritor de esta región debe estar enmarcado en el cuadro de las situaciones que atraviesa el Tercer Mundo, como la oposición a la libertad, los conflictos bélicos, el desequilibrio económico... éstos pueden servirle al autor para alcanzar la universalidad de su obra, pues si bien, tienen un fuerte arraigo en nuestro contexto, están también vigentes para el resto del mundo. Son situaciones que identificarán al siglo XX a lo largo del futuro.

Me preocupa que la literatura para niños o, como se le ha denominado, la «literatura infantil», sea considerada un género menor, en el cual no se traten situaciones como las descritas anteriormente. Parece que los infantes ocuparan solamente un aposento dentro de la gran casa de la literatura universal. Esa es una idea que, lamentablemente, manejan la mayoría de maestros, bibliotecarios y padres de familia. Creen que el libro para el niño es más «bajito de estatura» que el resto de las obras que compo-

nen el acervo universal y, que también es más pobre en el campo intelectual. Que estos libros tratan temas intrascendentes. Sin embargo, cuando leemos autores como María Elena Walsh (de Argentina), Ligia Bojunga Nunes (de Brasil) o Víctor Carvajal (de Chile) nos damos cuenta que nos presentan los mismos problemas que García Márquez, Borges o Cortázar llevan a sus obras. Lo que cambia en los autores para niños y en los autores para adultos es el público, no así la temática. ¿Por qué? El niño vive en el mismo mundo de los adultos, comparte por igual las consecuencias de un modelo económico, social y político. Por lo que se puede afirmar que es el campo psicológico el que varía en el niño y en el adulto. El pequeño, posiblemente, no es consciente de las razones por las que sus papás no tienen el suficiente dinero para alimentarlo, sin embargo, percibe las consecuencias. Del mismo modo, en un país en el que existen problemas bélicos, el niño percibirá el horror de la batalla, aunque no comprenda los factores que la originaron. Así que el infante no vive en un mundo aparte y no debe tener, tampoco, una literatura segregada.

Ese niño, para el que escribo, llegará a ser adulto algún día. Los maestros, escritores, padres de familia y los que trabajamos en el área infantil, compartimos la responsabilidad de irlo preparando de una manera positiva hacia esa tierra «de grandes» que, a veces, resulta tan adversa. Ahora bien, ¿cómo presentarle a los niños ese panorama reservado a los adultos de una manera ética y estética? La respuesta se resume en una palabra: esperanza.

En algunas ocasiones, al momento de escribir un cuento, me he preguntado si debo ponerle un «final feliz», porque pienso: si este cuento ocurriera en la realidad, si estos personajes existieran, con certeza no tendrían finales felices. Yo no puedo presentarle al niño una manipulación de la verdad. Así que me rebelo rotundamente contra los impostados «finales felices» y doy mi adhesión a los finales esperanzados. Me preocupo por obras literarias en las que los personajes, a pesar de las contrariedades ante las que se enfrentan, puedan levantarse y

reconstruir sus vidas. Estimo que eso es importante en este lugar del mundo donde no abundan los finales felices.

Creo también que el artista debe hablarle al niño en su propio lenguaje. La única manera de asimilar el código del pequeño es conociendo la totalidad de su cultura.

Algunos autores escriben para el niño que ellos conocieron en su infancia, sin percatarse que los pequeños cambian de generación en generación.

‘Vivo la convicción de que el «libro infantil» es eficaz en la medida en la que el niño lo convierte en un juguete, en un instrumento valioso para él. Que aquel libro utiliza un lenguaje que le resulta claro.

No puedo darles ninguna fórmula para alcanzar este nivel de acierto —y no me siento seguro de haberlo alcanzado—. Pero, me atreveré a exponerles algunos aspectos que el autor latinoamericano de obras para niños debe tomar en cuenta.

Ante todo, ha de hacer una búsqueda de ese niño que lleva dentro de sí. Si tratamos de hablar con los niños, corremos el riesgo de subestimarlos con el lenguaje. Lamento leer obras «infantiles» en las que se recurre a una estructura gramatical simple, un reducido vocabulario, gran cantidad de diminutivos y uno que otro detalle cursi. Escribir para niños es otra realidad. El verdadero autor infantil observa los problemas de los adultos desde el ángulo del niño. Desde allí, aprecia las cosas de una manera sencilla, amena y optimista, pero no ausente de profundidad. En el momento de planear la obra, el autor debe preguntarse ¿dónde está ese niño que llevo conmigo? ¿Cómo me plantearía yo esta obra si tuviera nueve u ocho años? ¿Con qué vocabulario lo expresaría? ¿Y con cuáles recursos idiomáticos?

Otro aspecto importante es el compartir las vivencias del niño actual. Basta con echar un vistazo al espacio de juegos de la mayoría de los pequeños latinoamericanos

para descubrir que los libros no abundan entre sus objetos. Mas, sí encontramos juguetes que provocan un atropello a la cultura. Para no ir muy lejos... la muñequita «Barbie» que tanto condiciona a las niñas. Esta muñeca representa un sistema de vida que tiene poca o ninguna relación con el de la mujer de América Latina. Juguetes como éste son producidos por empresas que se constituyen en verdaderas promotoras de la cultura de nuestros pueblos tercermundistas.

El creador para niños no puede escribir sin obviar estas cosas, sin encender el televisor y analizar los programas en dibujos animados donde se presenta la violencia, el oprobio, el héroe que, con buenas intenciones, asesina. Sin detenerse ante las vallas publicitarias que demuestran la falsa felicidad. Sin escuchar en la radio aquellas canciones que predicán un idioma foráneo. Ese es el verdadero mundo del niño de nuestra América. Ante esas circunstancias, el escritor infantil tiene la responsabilidad de plasmar en su literatura a ese hombre que pierde su identidad. Ese hombre tan latinoamericano y, al mismo tiempo, tan universal.

No es fácil esta tarea de crear conciencia en uno de los sectores más bombardeados en el campo cultural: El sector de los niños.

Los autores que llevan estas características a sus obras saben que éstas se encuentran encaminadas a ser testimonio. De manera que, cuando un lector de cualquier rincón del planeta se asome a nuestros libros, conozca en ellos el verdadero latinoamericano, sus goces, sus problemas y los caminos esperanzados que busca, infatigablemente.

En el momento de crear un libro para niños, se debe tomar en cuenta los intereses del pequeño. Debido al desarrollo de los medios de comunicación y al «repentino empequeñecimiento» del universo, el infante de hoy tiene incógnitas que no se presentaban los pequeños de hace unos treinta años. Por lo tanto, el autor para niños debe hacer un trabajo contextualizado.

En nuestros días, el cine, la televisión, la informá-

tica cubren de imágenes el mundo del niño. Imágenes que dan motivo a interrogantes, a las que los adultos debemos responder con toda claridad y sinceridad.

Los niños y los adultos comparten el mismo lugar en el tiempo y en el espacio, lo que varía entre ellos es el enfoque que le dan a determinados temas.

El artista, el maestro, el padre de familia tienen la facultad de NO darle al infante todas las respuestas. Deben hacerlo reflexionar, investigar... formarlo como un individuo crítico y curioso.

No hay restricción en los temas en la obra literaria para niños. Recuerdo, entonces, aquella frase de Oscar Wilde que dice «No existen obras morales ni inmorales, sino, obras bien escritas y mal escritas». Creo que este razonamiento lógico lo podemos aplicar a la literatura infantil de la siguiente manera: No existen obras que los niños puedan leer y obras que los niños no deban leer, sino, obras bien escritas y mal escritas para ese fin.



